Barro cromado

I.

Impregnado con el rocío tibio del amanecer, un búfalo de agua pasta en la ribera de un arrozal anegado; a su alrededor, un pequeño robot *aigamo* fertiliza la tierra, al tiempo que sus cepillos de goma giratorios oxigenan el agua. Molesto por el traqueteo constante del pequeño droide, el animal exhala una bocana de aire húmedo y se aleja lentamente en dirección a un estrecho camino de tierra, fuera del humedal.

Treinta y Tres se sacude la harina tostada de sus labios y observa con interés al enorme cuadrúpedo flemático; afila la mirada, tratando de adivinar si su ausencia de cuernos y la hipertrofia de sus músculos se deben a una edición genética de primera generación, o si no es más que otro de tantos animales nacidos ya con una cadena cromosómica alterada.

- *Hasta el año pasado, éramos nosotros quienes nos encargábamos de arrancar las malas hierbas.*

En el interior del quiosco de bambú, una mujer de rostro arrugado fríe pequeñas esferas de soja dentro de una olla atestada de aceite hirviendo. El aroma de la melaza queda eclipsado por una densa humareda de grasa y combustible. Sus dedos metálicos aferran el cucharón de madera con firmeza; a pesar de las estrías que tatúan el acero de su antebrazo y los gruñidos hidráulicos emitidos por las válvulas de sus articulaciones, la anciana dota a sus extremidades híbridas de una extraña y tosca serenidad. Con cada movimiento, el sencillo acto de cocinar parece adquirir la delicadeza de un truco de magia o de un ballet.

- *¿Y por qué trajeron esos bots?*
- *No lo sé. Dijeron que hacían falta.*
- *¿Quién lo dijo?*
- *El Patrocinador, por supuesto. Así que todos hicimos caso y dejamos que pusieran esas pequeñas ratas mecánicas por todos nuestros campos.*

Al tiempo que deglute la última pieza de pan azucarado, el joven turista estudia las distintas prótesis que salpican el cuello y parte de la mandíbula de su interlocutora; la escéptica resignación de sus palabras choca frontalmente con el titanio de su anatomía, pero corrobora la ancestral necesidad humana de juzgar todo aquello que le antecede. La sacralización de los ancestros. Los reproches a los descendientes. Todo ello traducido hoy en día en una contradictoria y condescendiente veneración hacia la vieja carne y una escrupulosa desconfianza hacia aquello que no parezca lo suficientemente biológico. Lo suficientemente natural, dirían algunos.

El infierno siempre lo acarrearán quienes vienen detrás de nosotros.

A escasos metros, un grupo de niños juegan al fútbol en un barrizal que sirve de desguace para los talleres protésicos limítrofes. Varios de ellos aún no han sustituido sus malformaciones congénitas por dispositivos artificiales. Uno - incluso - carece de antebrazo; una venda confeccionada con harapos le cubre el muñón que asoma a la altura del codo. Todos gritan. Se ríen. Pelean. Se insultan. Se vuelven a reír. Se vuelven a insultar. Parecen no estar especialmente preocupados por el marcador.

- *¿Cómo se llega hasta Preah Khsant?*
- *¿Vas al templo?*

- Si.

Por primera vez desde que Treinta y Tres se sentó a comer, la mujer alza la vista, fijando sus pupilas lechosas en la carretera que bordea los cultivos. Señala con la barbilla un cartel desconchado que cuelga de un poste, junto a una masa frondosa de palmeras, helechos y latas de aluminio semienterradas.

- *Sigue ese camino. Hay un colegio. Ahora está cerrado, pero en frente para un autobús que lleva hasta Preah.*
- *Gracias.*

Tras levantarse, derramar un puñado de billetes y despedirse, encamina sus pasos en dirección a la improvisada parada. Mientras se aleja del zumbido de los generadores portátiles que mantienen vivos los tenderetes que espolvorean la calle, contempla como la mujer recoge el dinero y se lo guarda en uno de los bolsillos que cuelgan de su delantal. Su cuerpo, protegido por un conglomerado de telas remendadas, ofrece una forma irregular, casi punzante; durante un instante, duda de si las protuberancias son consecuencia de todos los implantes que se ocultan bajo la ropa, o si lo único que envuelven esa amalgama de paños son huesos afilados y piel seca. Arruga la nariz. Por alguna razón, le resulta desconcertante, casi grotesco, observar como la carne deja paso al metal herrumbroso.

II.

[a_llamada]

[b_grabación]

- *Grabación, gracias.*

Treinta y Tres es incapaz de recordar la última vez que pudieron mantener una conversación cara o cara - o incluso a tiempo real vía streaming -, por lo que opta por enviar un mensaje mediante un sistema de almacenamiento y registro; no tiene prisa por ser escuchado, y sabe que existe una elevada probabilidad de que ella envase al vacío sus palabras y las guarde en un congelador industrial hasta que tenga uno, quizás milagrosamente dos, minutos libres.

calculando buff.dat/seg

[inicio de grabación]

- *¿Sabes? Iba a comenzar esta nota de voz preguntándote si seguías trabajando en el laboratorio, pero antes de vomitar ese pensamiento me he dado cuenta de lo absurdo del mismo. Por supuesto que continúas allí. Soy incapaz de imaginarte en otro sitio, de hecho. Pero no lo critico, y espero que la decisión que he tomado no la estés asumiendo como un reproche hacia tu forma de vivir. Simplemente es algo que necesitaba hacer (...)*

Un perro famélico ladra en la distancia. Sus quejidos, volátiles, incluso huraños, exponen más miedo que confianza. Arrollado por una granizada de imágenes mentales ilegibles, el turista guarda silencio y se sienta absorto bajo una higuera marchita; con cierto grado de frustración e impotencia, trata de regular las palabras que brotan entre los pliegues de su masa encefálica. Frente a él se extiende un antiguo parador turístico que nunca llegó a despegar, ahora reconvertido en un mercado de neuroprótesis de segunda mano, comida y talleres textiles. Se pregunta si el conductor del autobús le habrá dicho la verdad con respecto a la parada en la que

debía apearse, o si se ha limitado a lanzarle en un punto indeterminado del mapa, entre sedimentos de barro y envoltorios de chokolatinas decolorados.

- (...) *No. Algo que necesitaba no. Necesito. Es algo que necesito hacer. Que sigo necesítandolo, de hecho - un potente aroma a grasa quemada y carbón le lija los globos oculares, obligándole a sellar sus párpados con fuerza - Aunque, bueno, también quería pedirte disculpas; sé que no apoyas en absoluto que haya venido hasta aquí, y menos aún las razones por las que lo he hecho. No me lo has dicho, pero me da la impresión de que, de alguna manera, te sientes traicionada. Es extraño, sigo sin comprender si tu cinismo ante cualquier clase de espiritualidad se debe a tu formación como ingeniera computacional, o si es algo arraigado en tu personalidad; pero si he viajado hasta el intestino del mundo en busca de alguna clase de, no sé, estupidez mística, es en parte gracias a ti.*

El agua cromada del río que se desliza a su espalda arroja un constante zumbido apenas perceptible, similar al crepitar de dos cables pelados discutiendo entre sí. Una exigua caravana de parejas, vendedores ambulantes y estudiantes cargados con mochilas cuyos paneles solares dejaron de funcionar hace mucho circula frente a sus ojos, exhibiéndose como una amalgama de ligamentos y soldaduras. Treinta y Tres desgrana las palabras sin esquirlas. Sin macerarlas ni barnizarlas. Cada sentencia es ensamblada utilizando sílabas trituradas, arenas silíceas y pausas.

- *Y ya que estoy... debo confesar que te entiendo. En un mundo con un índice de población biónica del... ¿noventa y seis? ¿noventa y siete por ciento? Bueno, con un planeta entero con más poliuretano que tendones, es absolutamente lógico tu escepticismo frente al rumbo que ha adquirido mi vida, pero tú misma lo dijiste: soy una excepción - docenas de vehículos oxidados se precipitan alrededor de una rotonda en cuyo centro se erige un monumento holográfico que no cesa de parpadear - Soy distinto, ¿no? Sé que suena a pretexto o justificación, pe...*

rec.buff/47%

Le interrumpe uno de los habituales cortes - teóricamente inexistentes - que continúan lacerando los servidores de comunicación emplazados en zonas de bajo nivel económico; aburrido, atrapa una bocanada de aire tibio y la encierra entre las fibras de su sistema respiratorio.

[99%]

[Recuperando grabación]

Lentamente libera el oxígeno, contando hasta diez en conjuntos de números pares.

- *... sin embargo, sí te reconozco que este lugar tiene algo inquietante. La gente con la que me cruzo da la impresión de haberse tropezado con la tecnología casi sin querer. Una tormenta de silicona y aluminio ha caído sobre sus cabezas, pero se han limitado a recoger los restos de lluvia y las piezas desarmadas sin darle mucha importancia, convirtiéndolo en parte de su rutina. Un día naces con el pecho hundido, tosiendo sangre y con una deformación en el tórax, y al siguiente las autoridades te aprueban un nuevo juego de costillas artificiales. Nada parece ser especialmente grave o especialmente importante. Su naturalidad me sobrepasa. Me abrumba. Aunque supongo es cosa mía, ya que le doy muchas más vueltas de las que realmente debería; imagino que,*

sencillamente, es una forma de adaptarse al cambio. Al fin y al cabo, los Patrocinadores subvencionan piezas, no largos tratamientos médicos; es la vía más rápida que tienen para mantenerse en el Gobierno. Nuevas extremidades a cambio de votos. Nuevos órganos a cambio del Estado. Imagino que... no sé, yo en su situación haría lo mismo, si con eso pudiera librarme de un estómago perforado o unas piernas atrofiadas.

III.

Entre los manglares que constituyen los pasadizos y las callejuelas del mercado se erige un cosmos anárquico, hermoso, casi vírico, en el que los drones despiezados y los extensores cocleares de grafeno se alternan con cubetas llenas de grillos salpimentados, sacos de especias y móviles desechables. La frágil frontera que separa a proveedores de saqueadores es tan inestable como el vuelo de las moscas que espolean los fragmentos de cerdo que reposan, troceados, sobre las encimeras de madera enmohecida.

La atmósfera rezuma sudor y nanotubos de carbono.

Dos monjes, ataviados con túnicas azafrán, observan con curiosidad un puesto de camisetas deportivas. Cuchichean y bromean, resistiéndose a abandonar la inocencia y los juegos propios de la infancia; Treinta y Tres les examina, preguntándose si procederán de la pagoda a la que se ha propuesto llegar. Preguntándose si su condición sacra tendrá alguna relación con el hecho de que su anatomía es, porcentualmente, más carnosa que metálica.

El estruendo de una turbina reactivándose le provoca un sobresalto que sacude sus vísceras; desde hace un rato le invade la enfermiza sensación de estar suspendido sobre aguas freáticas, de que su vida - por primera vez - pende de un hilo que no se puede mapear o monitorizar, y el tráfico convulso de compradores y vendedores en torno a él no hace más que enfatizar la claustrofóbica sensación de acoso. Duda de si la borrasca fermentada que le entumece el cerebro es parte de alguna enfermedad, de alguna fobia, o únicamente se trata de una maniobra con la que su imaginación asustada se protege de un entorno nuevo, hostil, vivo. Un entorno que fluye como una manada de glóbulos rojos precipitándose por el interior de sus arterias.

Le invade el pánico a ser poco más que una anomalía en una realidad tangible que no puede controlar.

Una mujer de edad indefinida con parte del hueso maxilar corroído - probablemente a la espera de que se efectúen los trámites administrativos requeridos para poder disponer de un nuevo rostro - le invita a indagar entre sus mercancías. Las cajas de antibióticos se apilan en bloques desnivelados, camuflando los paneles de polipropileno que sirven de línea divisoria entre su minúsculo tenderete y el de su vecino. Sus ojos, afables, le señalan un pequeño paquete de grageas nutritivas NRG-5 apoyada sobre sus muslos.

Le está ofreciendo parte de su almuerzo.

IV.

Encastrados en una orografía gelatinosa y enredada, docenas de senderos dan paso a un crisol de iglesias posthumanistas, gasolineras en las que aún subsisten los botellines de carburante y fábricas de espuma de aluminio; los viejos hogares de madera, sostenidos sobre una galería de pilares que, antaño, elevaban la construcción lo suficiente como para no verse anegados en la

época de lluvias, han pasado a mutar en docenas de cubículos cableados. Sin embargo, el gusto por los colores estridentes y la distribución errática de las edificaciones sigue manteniéndose como parte inherente de la vida en esta zona del planeta. Una zona que, al igual que sus habitantes, emerge como un bulbo mestizo, a medio camino de la transmutación cibernética y la tradición.

Evitando toda clase de vehículos automatizados, Treinta y Tres opta por andar, siguiendo las múltiples y contradictorias indicaciones que todos los habitantes de la pequeña población le han ido dando. Referencias cruzadas, balbuceos, sentencias lacónicas. La sonrisa de un comerciante de semillas con espíritu de guía turístico. La desconfianza de las tejedoras de cáñamo, más atentas al ronroneo del reloj que a las preguntas lanzadas por un tipo sin excrecencias metálicas sobresaliendo de sus extremidades, cubierto por una fina capa de piel nívea y rosada, casi impoluta. Un tipo inusual. Un extranjero.

Más allá de un árido club deportivo de aspecto abandonado, el caminante alcanza una carretera asfaltada que le sirve como camino de baldosas amarillas; situado frente a él, y cercado por un simbólico muro de granito de apenas medio metro, un obelisco anacarado se alza en dirección a un cielo lácteo y brumoso. Limpio. Plácido. Toda su superficie monolítica exhibe una hilera de frases tatuadas, ya gastadas a causa del ácido nítrico de las tormentas que irrigan el país durante un tercio del año. Posiblemente todo el conjunto se trate de un monumento a los caídos en alguna de las tres grandes guerras. O, simplemente, sea un homenaje a las víctimas de alguno de los múltiples y variados holocaustos que se han ido encadenando una y otra vez a lo largo de la historia.

La detonación de un motor gripado atraviesa la atmósfera como el chillido de un bebé hambriento; el turista gira el cuello, justo a tiempo para observar a tres hombres ocupando por completo el lomo de una motocicleta, cargando con una amplia pizarra destinada probablemente a cubrir la pared frontal de algún aula. Ninguno lleva sistemas de protección, y ni tan siquiera se preocupan por aminorar la velocidad cuando un furgón autoguiado se cruza en su camino, atravesando la vía perpendicularmente. Todo cuanto necesitan es un sencillo movimiento serpenteante, seguido de un leve balanceo acrobático.

Una extraña simetría iridiscente salpica cada rincón de la mente de Treinta y Tres; las ganas de seguir desplazándose se entremezclan con un deseo casi animal de no moverse más. Inquietud. Pensamientos despellejados. Su cerebro se ve inundado por un profundo pánico, pánico a descubrir que su meta podría no ser más que un charco de rituales ahogados en hidrocarburos. Una falacia disfrazada, idealizada, tal y como le avisó ella. Tal y como le advirtieron todos cuando se propuso averiguar si existía algo más allá de los códigos de software y los ventanales fotovoltaicos del laboratorio.

A lo lejos, el repicar de unas campanas funerarias se entremezcla con las taladradoras automatizadas, el canto de los pájaros y el eco de unas risas silenciosas.

De nuevo, la paz.

Se mantiene estático, disfrutando del colapso y la serenidad. Disfrutando de la aterciopelada sensación que deja en la lengua la desaparición del paso del tiempo, convertido ahora en el reflejo pálido de un recuerdo volátil. Sin algoritmos, codificaciones de tasas de error o agendas quincenales.

Transcurrida esa eternidad - eternidad subatómica, tal vez - Treinta y Tres fija su atención en un diminuto destello que, a lo lejos, se escurre entre una telaraña de ramas flácidas; oculto bajo un

rótulo institucional en el que se amenaza a todo aquel que lleve a cabo talas ilegales, un dispositivo de geolocalización inteligente ronronea a través de los dos ventiladores encastrados en sus laterales. El logotipo de los Patrocinadores luce en la esquina superior derecha, incandescente, casi puro. Una estrella fugaz aséptica atravesando un país saprogénico e impresionable.

Acercándose con una combinación de curiosidad y sorpresa, el caminante va acoplando todas las astillas que ha ido recopilando con cada paseo, con cada anotación mental - las edificaciones turísticas desguazadas con las vértebras al aire, la alternancia casi errática de vías pavimentadas y zonas teñidas de légamo, los carteles incongruentes - y empieza a observar un patrón, una disonancia cognitiva que se alimenta del contraste existente entre la máscara que se expone ante los visitantes y lo que realmente emana de cada rincón en ese territorio aislado. Las lágrimas de plomo detrás de la carcajada.

- *¿Dónde puedo encontrar el templo de Preah Khsant?*

Un haz de luz despliega un mapa holográfico dividido en cuadrículas; utilizando sus propios dedos, el turista lo rota y gira para poder tener una visión periférica y casi omnisciente del plano. Una vez ubicada su propia posición con respecto a la pagoda, así como la mejor forma de alcanzarla, cierra la aplicación con movimiento sutil.

- *Muchas gracias*
- ***[¿Desea guardar una copia del recorrido en su dispositivo neuronal?]***
- *No dispongo de puerto de acceso*
- ***[Perdón, no he podido entender la respuesta. ¿Desea guardar una copia del recorrido en su dispositivo neuronal?]***
- *No, gracias.*
- ***[Buen viaje]***

Con media sonrisa y cierto grado de tristeza caustica, Treinta y Tres se da media vuelta, siendo consciente de lo insólito que resulta, aun en la tierra de la goma y el arroz, no disponer de una amalgama de pórticos digitales ensamblados a su anatomía o a su red neuronal; de golpe, comienza a sentirse desencantado. Un intruso que no recuerda donde dejó su casa y ahora va de puerta en puerta, sin rumbo. Empieza a plantearse si realmente las dos horas de viaje intercontinental han sido una pérdida de tiempo. Si estar en un lugar en el que existe mayor disponibilidad de microchips subcutáneos y recambios anatómicos que de agua potable supone realmente un cambio, o si se han manufacturado una elaborada fantasía *new wave* y ahora es cuando se cae y no se despierta.

De nuevo, un escalofrío perfora su médula espinal.

V.

[a_llamada]

[b_grabación]

Una pareja de monjes pre púberes corre a través de un estrecho camino de arcilla seca, tratando de adelantar a otros dos compañeros que caminan con calma en dirección a una de las salas de oración. Un cúmulo de tejas de estaneno se desperdiga junto a una escueta escalera formada por dos peldaños y medio.

- Grabación.

Cirros y cúmulos. Yermos formados por huesos molidos, saliva agria y decepciones.

calculando buff.dat/seg

[inicio de grabación]

- *No quiero darte la razón, así que me va a resultar muy complicado grabar esto sin que tres de cada cuatro palabras te suenen a evasiva, pero creo que ahora mismo te reirías de mí. Te reirías porque, bueno, porque sabes que me pasé los últimos meses adherido a un sistema de VR, obsesionado con recrear el éxtasis que, en teoría, se debía sentir al habitar entre las paredes de algún templo milenario. No dejaba de repetirme frases precocinadas sobre sabiduría, sobre espiritualidad, sobre encontrar mi camino... y ahora que ya estoy aquí, entiendo por qué me acusabas de ser como un adolescente deslumbrado por un escaparate virtual.*

Sus pupilas grisáceas se clavan en el simio encadenado que chilla y se retuerce, tratando de quebrar los ásperos grilletes que le desgarran la piel del cuello. Al pasar junto a él, los niños se ríen de sus movimientos bruscos y desesperados, al tiempo que se rascan sus sacros cráneos afeitados y sujetan los pliegues deshilachados de sus uttarāsaṅga, evitando así tropezarse con el manto azafrán que cubre sus consumidos esternones cromados.

- *No digo que no me guste. He llegado exactamente al lugar al que quería llegar, y no me arrepiento; pero algo falla, algo rechina dentro de mi cabeza. Me da igual la pintura desconchada y el aroma a orín que inunda cada rincón de la pagoda principal. Incluso puedo encontrar belleza en los monumentos calcinados y las riadas de latas oxidadas que se desperdigán a lo largo del recinto, a la espera de que algún vecino dócil las barra con veneración.*

El cielo lechoso comienza a bostezar, ataviando cada pared de cada edificio con una túnica de colores purpúreos y rojizos; llenando los muros y los tejados de eclipses que acentúan las rugosidades, las grietas y el deterioro estructural. Un gigante tetrapléjico con la piel de hormigón y mármol que podría no despertar mañana.

- *... sí, bueno, sospecho que el servicio de limpieza automatizado es otro de tantos que ya no funcionan aquí...*

Las sombras tejen un amplio repertorio de expresiones en los rostros picados de las estatuas, obligándolas a bailar como cadáveres conservados al vacío que se hunden en el océano.

- *El problema es que, sí, hay algo en lo que acertaste: nada cambia. Aquí. Allí. Da igual. Me miran confusos, incapaces de explicarme el significado de los mantras que tanto repiten, y no creo que se trate de un problema de traducción. Los más jóvenes parecen haber sido arrinconados aquí por familias que no tienen con qué alimentarlos, y los más ancianos miran a su alrededor con desconfianza, con recelo. Sin un ápice de serenidad o placidez. El resto, sencillamente, me ignora. Y, la verdad, casi es la opción que menos me duele.*

El sonido de cuatro patas escuálidas y un gruñido derrotado inquieta al turista, que es consciente por primera vez del descenso de la temperatura que ha acompañado al anochecer, húmedo y

tosco. El firmamento desprende perfume a arroz cocido y greda fría.

- *Insisto, no me arrepiento. De hecho, volvería a hacerlo, volvería a venir hasta aquí. No se trata de eso. No. Es más bien un sabor amargo en la boca del estómago, es un... en fin, da igual. No debería estar grabando esto; no cuando, posiblemente, todo se deba a una primera mala impresión y nada más. Eso sí, es posible que al final nos veamos antes de lo que yo pensaba.*

Termina de hablar. Los bits del mensaje se derraman a través de la atmósfera, tratando de no aletargarse o hacinarse. Milagrosamente, la red ha soportado el torrente de quejas y disertaciones infantiles sin el más mínimo error, lo cual provoca que Treinta y Tres sonría estúpidamente. La comunicación, por primera vez, no se ha despeñado ni ha entrado en coma.

Con las últimas estrías blanquecinas ya extinguidas sobre su cabeza y los primeros focos LED encendiéndose lívidamente, Treinta y Tres opta por finalizar la grabación y regresar en busca de un lugar en el que poder descansar. En el que poder congelar sus pensamientos. Estudiarlos. Burlarse de ellos. Tirarlos a la basura.

VI.

Una escueta avenida poblada por hiladas de restaurantes improvisados atrae a toda clase de visitantes, autóctonos y foráneos, biónicos y mutilados; la amalgama de neones, empañados por hordas de nematóceros histéricos que vuelan hasta caer incinerados, ofrece conexiones de media velocidad, cerveza, sopa de cobia y santuarios en los que - aún - no está prohibido fumar. Entre otras opciones.

Una humareda atrae la atención de Treinta y Tres, quien trata de escapar del estado de fuga en el que bucea desde que el crepúsculo excretó un nuevo mundo saturado de ansiolíticos y estimulantes, un mundo sobreexcitado, carente de sistema inmunológico; demasiados olores lacerando su bulbo olfatorio, demasiados colores licuándose bajo su retina. Demasiadas alegrías acres y demasiados antifaces superpuestos unos encima de otros.

Las horas se duplican y el vaivén que separa el día de la noche está comenzando a provocarle erupciones cutáneas en sus sentidos.

Al llegar al tenderete del que procede la nube plomiza, observa frente a él una parrilla atestada de carne de perro levemente carbonizada. Decide retroceder, a sabiendas de que leer sobre algo y saborearlo pueden llegar a ser dos tipos muy distintos de agujeros de bala, y continúa su tránsito vacilante sin más intención que la de dejarse espolear por los quioscos de dulces tradicionales, por la música repetitiva y por las parejas pagando para ser radiografiadas y esculpidas en figuras 3D con chips de IA básica insertados. Chips programados para recordarles lo mucho que se quieren a base de aromas y melodías que se activan mediante sistemas térmicos o de movimiento.

Tan remoto. Tan cercano.

Impulsado por la sed y una necesidad casi visceral de sentarse, sellar sus párpados y deglutir todo el oxígeno posible, el viajero penetra en un local cuyas paredes, tapizadas con viejos LCDS, emiten partidos de toda índole de deportes y videoclips antiguos.

VII.

Una niña con las extremidades superiores cubiertas por una amalgama de cables y titanio de baja calidad se acerca hasta el agotado turista, quien lucha para que su tenedor de poliestireno no se quiebre cada vez que intenta ensartarlo en alguno de los componentes que conforman el plato de noodles precocinados, plato que le han servido directamente en su propio envase de cartón reciclado.

- *Hola*

Al tiempo que succiona un coágulo castaño - probablemente alguna clase de derivado de verdura transgénica - observa de reojo y con cierto grado de distancia a la intrusa; opta por responderle. Quizás sea una cuestión de cortesía. Quizás, simplemente, de educada indiferencia.

- *Hola*
- *¿Cómo te llamas?*
- *Treinta y Tres*
- *Que nombre más raro. Yo soy Chhean.*
- *Me gusta tu nombre, Chhean.*
- *¿Qué haces?*
- *No lo sé. Comer, supongo. Pero no tengo mucha hambre* - con resignación, deposita el alimento encima de la mesa y se limpia las comisuras con una servilleta de papel rígida y afilada - *¿Y tú? No deberías estar aquí a estas horas.*
- *Me padre es ese de ahí.*

Señala a un hombre con una camisa remangada que observa hipnotizado una de las pocas pantallas en la que los píxeles muertos no han invadido alguna de sus esquinas. La pequeña se gira de nuevo hacia el extranjero, torciendo su pequeña cabeza y dejando entrever porciones metálicas sabrealiendo a través de su maxilar inferior.

- *No eres de aquí, ¿a qué no?*
- *No, vengo de bastante lejos. De hecho, es la primera vez que salgo de casa.*
- *¿En serio? Eres muy mayor, seguro que has ido a muchos sitios.*
- *No soy tan mayor. Te sorprenderías si te dijera mi edad.*

Ella sonrío, convirtiendo sus ojos en dos finas franjas inquisitivas.

- *A ver, cuántos años tienes.*

Treinta y Tres esboza una mueca calmada. Sus globos oculares brillan tenuemente.

- *Dos. Tengo dos años.*

Una carcajada ofendida brota del esternón de la pequeña. Las soldaduras de sus articulaciones se agitan como dados dentro de un cubilete.

- *¡Eso es mentira, tú no tienes dos años! Eres mucho más viejo que yo, y yo tengo ya siete. Bueno, siete y medio.*
- *En serio, tengo dos. Verás, es que resulta que yo no nací igual que tú, Chhean. A mí me fabricaron en un laboratorio.*

Oculto tras una mirada pensativa, intenta comprender el significado de esta última frase. Un

grupo de clientes vociferan. No queda claro si sus rugidos son de celebración o de cólera.

- *¿Es por eso que nunca habías salido de casa antes?*
- *Exacto.*
- *¿Y cómo te fabricaron?*
- *Es... complicado. No creo que alguien de tu edad lo entienda. La gente que me hizo quería construir una persona exactamente igual que tú o que tu papá, pero sin usar los mismos materiales.*
- *¿Qué materiales tenemos mi papá y yo?*
- *Bueno, ya sabes... piel, pelo, uñas, órganos.*
- *¿Tú no tienes piel?*
- *No igual que tú. La mía la confeccionaron con una cosa llamada pectina.*

Los dedos galvanizados de Chhean juegan con las esquirlas que sobresalen levemente del tablero de madera en el que se apoya su extraño y divertido interlocutor, a la vez que hunde sus pupilas en la superficie de la mano de éste, probablemente tratando de discernir qué la diferencia de su propia dermis. Sus cejas se arquean, expresando un caldo de ideas que necesita poner en orden antes de seguir charlando.

- *Parece una piel normal, seguro que me estas engañando.*
- *No, de verdad. Te lo prometo. Es una membrana repleta de unas cosas microscópicas llamadas resistencias, y cada vez que toco algo, estos diminutos receptores envían señales eléctricas a mi cerebro.*
- *¿Y tú cerebro también es de mentira?*

De mentira.

Mentira.

Una mucosa se adhiere a sus pulmones. Percibe la palma de una mano invisible comprimiéndole la ingle. Le cuesta seguir hablando, hasta que cae en la cuenta de que ella le escudriña con un nivel de fascinación casi cómico. Sus nervios se templan.

- *Si. Todo yo soy de mentira. Me diseñaron con ordenadores y, ¿sabes qué? Algunas partes de mí incluso las cultivaron en pequeñas probetas.*
- *¿En serio? – el deslumbramiento comienza a rozar la devoción. Treinta y Tres cae en la cuenta de que ni tan siquiera aquellos que le crearon mostraron nunca ese nivel de deslumbramiento - ¿Entonces eres cómo un coche o una de esas máquinas que vuelan por encima del parque y limpian el humo que sale del suelo?*
- *Bueno, realmente yo no soy un robot, soy una persona creada artificialmente, una persona que, en vez de nacer, ha sido fabricada.*
- *¿Y por eso a ti no te han tenido que poner brazos nuevos, como a mí? ¿A ti te los hicieron bien desde el principio?*
- *Si, supongo que sí - Treinta y Tres musita para sí mismo, apagado. Una ráfaga inflamable alcanza a todas y cada una de sus conexiones sinápticas, a todos y cada uno de los qubits alojados en su núcleo de procesamiento cognitivo. Un susurro apenas perceptible aletea desde sus labios y se precipita sobre el suelo de cemento - supongo que ese era el objetivo del proyecto, hacerme bien desde el principio, simplemente...*
- *Pues me gustan mucho tus brazos.*

Su voz rompe el cristal de una ventana cubierta de vaho, permitiendo la entrada de aire y ruido

de fuegos artificiales. Ahora sí que las cosas no son iguales. Ahora sí que ella se equivocaba.

Ahora sí que entiende todas las preguntas. Ahora comienzan a importarle poco las respuestas.

- *Muchas gracias, Chhean. A mí me gustan mucho los tuyos.*
- *¡Gracias! Ahora me tengo que ir, pero si quieres un día te enseño el pueblo. Te puedo llevar al colegio, seguro que a mis profesores no les importa.*
- *¿Sabes? Me encantará.*

La niña se aleja correteando entre las sillas y los bufidos etílicos. Una de las pantallas escupe arcaicas películas de acción. La gente comienza a desperdigarse.

Por primera vez desde que nació, el turista deja de sentirse un turista.